

Treinta segundos Y UNA BALA

La muerte del General Bernardo Reyes

Hace un siglo, el 9 de febrero de 1913, inició la llamada Decena Trágica que supuso la caída y posterior muerte del Presidente Francisco I. Madero y, junto con él, la de un contrincante al poder.

Edmundo Derbez García

Los rumores de un levantamiento armado contra el presidente Francisco I. Madero comenzaron a circular desde enero de 1913, y de ellos estaban enterados por diversos conductos el mandatario, sus ministros y principales funcionarios y empleados del gobierno, sin que tomaran providencias enérgicas y contundentes para destruirlo desde su origen.

Desde la prisión militar de Santiago Tlatelolco, donde se encontraba recluido el General Bernardo Reyes, se fraguaba la conspiración. Los generales Manuel Mondragón y Manuel M. Velázquez confabularon en la asonada y actuaron como partidarios de Félix Díaz; el General Gregorio Ruiz, diputado federal y veterano de la Guerra de Intervención, como representante de la fuerza

política del General Bernardo Reyes, al igual que los prominentes reyistas Dr. Samuel Espinosa de los Monteros, su hijo Rodolfo Reyes, y Cecilio Ocón, que organizaron a los civiles, financiados por círculos aristocráticos de la Ciudad de México, a los que pertenecía el General Luis García Pimentel e Íñigo Noriega.

Rodolfo Reyes fue uno de los más activos resortes para lograr el traslado de Félix Díaz de San Juan de Ulúa a la Penitenciaría de Lecumberri. Así, los conspiradores quedaron en condiciones más ventajosas para el desarrollo de sus planes. Rodolfo Reyes tenía la facilidad de comunicarse con ambos caudillos y servía de puente de comunicación.

Tomar el poder significaba la coronación de su lucha por restaurar el orden político y social que había contribuido a establecer. Nemeier señala que Reyes no pudo aceptar el cambio que gestó la época revolucionaria, y Artemio Benavides señala que ese esfuerzo restaurador fue “un acto irrazonable” porque ese sistema había perecido. Los minutos siguientes, los últimos de la vida del General Reyes, estuvieron entonces marcados por la irracionalidad.

Edmundo Derbez García. Licenciado en Periodismo e Historia por la UANL. Autor de *La Hacienda de El Muerto*, (1997), *Solitarios que andan el camino* (1998), *Sin novedad Monterrey* (1998), *OSUANL. Ascenso por los dominios del espíritu* (2004), *FIME. Fortaleza educativa* (2007), *La Torre de Rectoría* (2010), *Ingeniería Civil. Constructora del desarrollo* (2013). Es titular del Centro de Documentación y Archivo Histórico de la UANL.

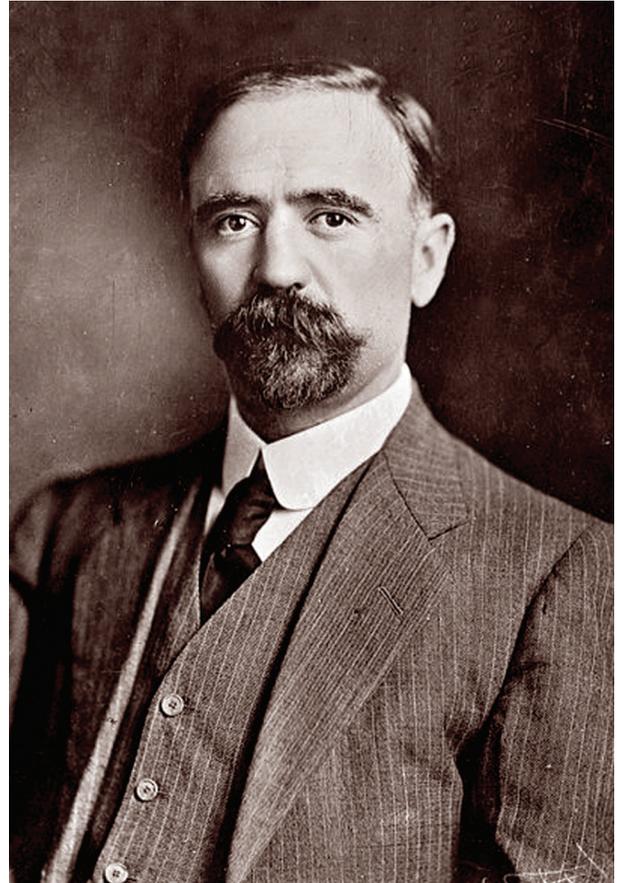


La marcha carnalesca

La mañana del 9 de febrero de 1913 se puso en marcha el plan consistente en el que dos poderosas columnas de Tlalpan y Tacubaya debían llegar a las tres de la mañana a la Prisión Militar de Santiago Tlatelolco para liberar a Reyes y al General Díaz de la Penitenciaría de Lecumberri para, juntos, tomar por sorpresa el Palacio Nacional, arrestar al Presidente Madero e instaurar un gobierno provisional.

Pasadas las 7:30 hrs. se cumplió, aunque con demora, la primera parte del golpe militar: estaban libres Reyes y Díaz, pero se planteaba la parte más delicada: la captura del Palacio Nacional que, tras estar en poder de los sublevados, fue recapturado y defendido por el comandante militar de la plaza, el General Lauro Villar.

Mientras se organizaba la columna rebelde frente a la Penitenciaría, se recibieron informes contradictorios sobre la situación en Palacio Nacional. El doctor Enrique Gómez y su joven hijo Alejandro Reyes llegaron advirtiendo que aún se conservaba en poder de los infidentes, pero varios aspirantes trajeron la noticia de que estaba en manos del gobierno y que el General Villar disponía efectivos para su defensa. “¡Lauro no me tira!”, aseguró Reyes.



Para el General Bernardo Reyes tomar el poder con el derrocamiento del presidente Francisco I. Madero significaba la coronación de su lucha por restaurar el orden político y social que había contribuido a establecer.

Ante los rumores circulantes, Díaz, Reyes y Manuel Mondragón sostuvieron una breve conferencia y a sugerencia de Rodolfo Reyes, quien expuso la necesidad de enviar a alguien por delante para investigar la situación, el General Gregorio Ruiz, con 80 hombres del 1er. regimiento de caballería del Coronel Anaya, se encaminó a la residencia oficial del gobierno.

Al salir a galope para explorar Palacio Nacional, la columna se ponía en condiciones de emprender la marcha. Se trataba de cerca de tres mil insurrectos compuestos por 400 dragones del 1er. regimiento de caballería, 200 de la Escuela Militar de Aspirantes, 200 del 20º batallón, 500 de los regimientos de artillería, mil entre regimiento de ametralladoras, batallón de seguridad y gendarmes montados y de a pie, y 700 civiles armados y municionados.

A ellos se sumaban, aunque las cifras varían un poco, una docena de cañones Schneider-Canet de 75 mm y Saint-Chamond-Mondragón de 80 mm con sus carros reversibles repletos de granadas, así como 14 ametralladoras.

A las 8:00 hrs. el General Ruiz y el Coronel Anaya desembocaron en el Zócalo en columna de a cuatro, dando vuelta a la esquina al paso tardo. Éste se desprendió del grueso que tomó formación y se presentó a las puertas de Palacio Nacional vestido con traje caqui y sombrero de anchas alas y manifestaba en voz alta estar de acuerdo con los alzados. “Lauro, estamos levantados contra el gobierno. Toda la guarnición de la plaza está con nosotros. Detrás de mí viene el General Bernardo Reyes, el General Félix Díaz y el General Manuel Mondragón con toda la artillería. ¿Estás con nosotros?”.

Desde el final del pasillo principal Villar se encaminó solo a la puerta, la cruzó y desde el borde de la acera invitó amigablemente a Ruiz: “pasa, hermano, pasa”; luego agarró las riendas de su caballo, le ordenó desmontar y pistola en mano le dijo que era su prisionero.

Tras quedar libre el General Reyes de la Prisión Militar de Santiago Tlatelolco, se cumplió, aunque con demora, la primera parte del golpe militar. Ahora se debía tomar por sorpresa el Palacio Nacional y arrestar a Madero.

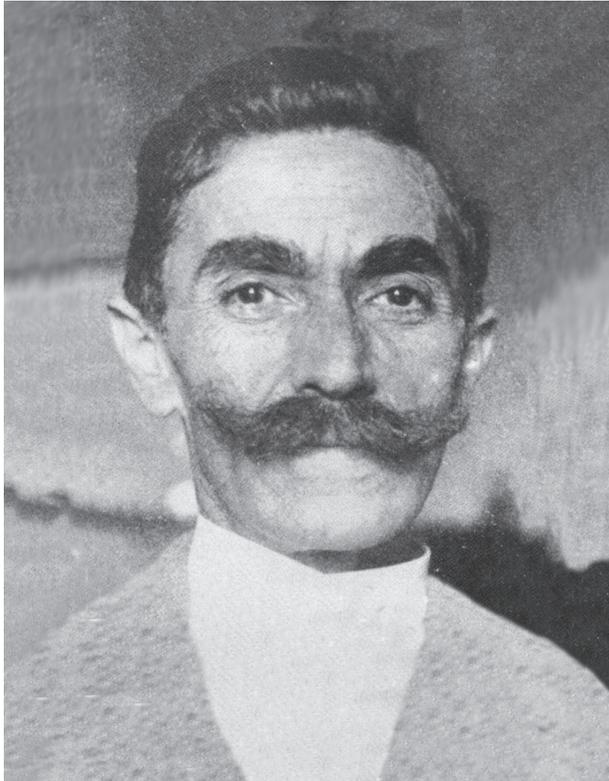
“Jamás he defecionado”. Rodeado por la guardia de Palacio lo llevaron al interior y su escolta se dispersó por los disparos. La caballería al mando del Coronel Anaya, firme al otro lado de la calle, gritaba vivas a Bernardo Reyes, ajena a lo que sucedía, se mostró indecisa si avanzar, esperar o retroceder.

En la Penitenciaría, Reyes mandó tocar llamada de honor y reunidos los generales se decidió marchar sobre Palacio. Al avanzar la columna por la calle Lecumberri, la gallarda figura de Reyes destacaba en su brioso caballo, a tal grado que en su recorrido el pueblo se le sumó en gran número y una muchedumbre lo vitoreaba. La columna era seguida por gente de a pie, a caballo y en automóviles. De aquella aglomeración surgían las vivas a los sublevados, “muera” a Madero y “alaridos salvajes”.

En Palacio Nacional se escuchó cada vez más cerca los toques de corneta, los gritos de júbilo y las aclamaciones a los generales Reyes, Ruiz, Mondragón y Díaz, por lo que Villar se dirigió apresuradamente junto a sus ayudantes a la puerta a observar.

Al acercarse a Palacio, Reyes envió a cuatro aspirantes de caballería para explorar la plaza de armas. Frente a la puerta de la Academia de San Carlos, el General Mariano Ruiz y el Lic. Melesio Parra informaron a Reyes de la actitud hostil de las tropas de Palacio y del





emplazamiento de las dos ametralladoras en la puerta central. Reyes les dijo que ya había mandado a explorar la plaza.

Al llegar por Lecumberri hasta desembocar por la bocacalle de Santa Teresa, se escuchó el estruendo de los hombres al frenar sus cabalgaduras y el recular de los cañones. Reyes hizo alto a la espera de sus exploradores que al poco tiempo regresaron dando cuenta “que no había novedad”. Según testigos, un hombre a caballo –vestido con blusa y calzón blanco– se acercó a Reyes: “¡Mi general: avance usted, Palacio está con nosotros”.

En vista del parte tranquilizador, Reyes contestó: “Bien, compañeros, adelante” y, arrendando su caballo de gran alzada, siguió la marcha. Parece improbable que Reyes desconociera la suerte del General Gregorio Ruiz, pero según Prida, impaciente por su tardanza dio la orden de avanzar. En ese instante, otro hombre de apariencia extranjera, amigo suyo, también montado se le aproximó y le advirtió: “no siga usted adelante mi general, porque Palacio está otra vez en poder del Gobierno y el General Ruiz ha sido hecho prisionero”.

Había llegado hasta la Calle de La Moneda (actual Emiliano Zapata) a un costado del Palacio frente a la puerta de la Secretaría de Guerra. Al consultar con el doctor Espinosa de los Monteros, se resolvió avanzar hasta frente a la puerta principal. Él sabía que la toma del Palacio se había frustrado, pero como refiere



Los generales Félix Díaz, a la derecha, y Manuel Mondragón, se confabularon en la asonada encabezando las columnas rebeldes con el grueso de la artillería.

Nemeyer, “su única esperanza era ganarse al decidido defensor con toda la fuerza de su personalidad”. Reyes tomó la decisión, dice Saborit, de doblegar “seca, verbal y personalmente la resistencia del General Villar”.

Tras nueva conferencia y orden de marcha forzada de la corneta, reanudaron la marcha a Palacio. “Vamos, doctorcito –le dijo Reyes a Espinosa de los Monteros– y ya lo sabe, ni una gota de sangre”. Su hijo Rodolfo le insistió que era preciso detenerse y conveniente esperar informes más precisos sobre lo que en realidad sucedía antes de aventurarse. Pero Reyes, sin escucharlo o como si no lo oyese, siguió adelante dominado por el “ardor” de pelear.

“Que se detenga la columna, yo no. ¡Que sea lo que ha de ser, pero de una vez!”. Alzándose sobre los estribos gritó de manera que lo oyesen quienes lo rodeaban: “¡Señores, el fuego va a comenzar: que se aparten inmediatamente los no combatientes!”.

En esos momentos llegaron hasta la vanguardia de la columna en la esquina de La Moneda y Cerrada de Santa Teresa, Mondragón y Díaz, que se habían quedado algo atrás, y trataron de detener a Reyes en su propósito de avanzar solo. No se escuchó su respuesta pero picó espuelas y lanzó a Lucero al galope. Viéndolo



En Palacio Nacional los resueltos defensores cubrieron el frente con dos filas de tiradores a la espera de los insurrectos. Hacia ellas se dirigió el General Reyes.

seguir, Mondragón y Díaz permanecieron a la expectativa en la calle de Licenciado Verdad y pidieron a Rodolfo que alcanzara a su padre y lo convenciera de su error. “Evite usted que avance el general. Es una temeridad”.

Los muros de Palacio Nacional como paredón de fusilamiento

En Palacio Nacional lo esperaban los defensores cubriendo el frente en dos filas: la primera, una fracción del 24º batallón a las órdenes del Mayor Castro Argüelles, pecho a tierra, cinco pasos al frente de la banqueta; la segunda, los del 20º batallón de Juan G. Morelos, firmes pegados al muro del Palacio.

A cada lado de la puerta central estaban colocadas una ametralladora Hotchkiss, una a cargo del intendente Adolfo Bassó; y otra del teniente Carazo, un “güero y gordo”, rodeados de costales de tierra como trincheras—que, sin embargo, no aparecen en las fotografías—; y las azoteas, tanto del inmueble presidencial como las torres de Catedral, cubiertas con tiradores a las órdenes del Mayor Ernesto Sandoval.

La plaza de la Constitución estaba cerrada con los hombres que quedaban leales del 1er. regimiento de caballería que Villar sacó del cuartel de Zapadores al frente de Juan Manuel Torrea, colocándolos en el

costado sur, frente al Sagrario de Catedral y en el edificio de los almacenes de La Colmena.

A las 8:45 hrs. Reyes dobló la esquina de la calle de La Moneda y se abrió a su vista el Zócalo con sus amplias arboledas, fuentes, quiscos y parada del tranvía en la parte sur donde numerosas personas que iban a Tacubaya, Xochimilco, Azcapotzalco y la Villa, esperaban abordarlo, y otros cientos de curiosos se apiñaban para presenciar los sucesos. Pero Reyes no siguió para la plaza, sino que avanzó por la acera del Palacio sin advertir que las tropas que lo seguían se quedaban atrás al contemplar en Palacio a los resueltos defensores y escuchar inquietantes toques de corneta. Ni Mondragón ni Félix Díaz continuaron con él a Palacio, sino que se quedaron a la expectativa mirando a la distancia. “Abandonaron a Reyes en (la cantina) el Indio Triste y ahí aguardaron bien prudentes”, escribió en tono de reclamo Rafael de Zayas Enriquez.

En cambio, Reyes caminó solo frente a las bocas de los fusiles de la doble fila de soldados acompañado de

Frente a la puerta del Palacio Nacional, más excitado que antes, el General Bernardo Reyes, empuñando su fuste y con su sombrero puesto en alto, frenó el caballo y arrojó el capote que le estorbaba frente a las bocas de los fusiles.

sus más fieles seguidores y rodeado de una abigarrada multitud en la que predominaban mujeres y niños que llegaban o salían de misa. Iba acompañado de una comitiva ubicada de la siguiente manera: el General Mariano Ruiz con su asistente, el Lic. Melesio Parra, y Salvador Saviñón, pie a tierra, a su costado izquierdo. Atrás de él Enrique Fernández Castelló, seguido por un grupo de cuatro a seis aspirantes, el General Velázquez, algunos de los oficiales instructores de los aspirantes como el Capitán Primero Antonio Escoto, los capitanes Juan Montaña y Rafael Romero López, el Teniente Benjamín Zurita, Santiago Mendoza, Martín Gutiérrez y Alejandro Armiño, los mayores Genaro Trías y Jesús Zozaya, y los civiles encabezados por su hijo Rodolfo Reyes, Espinosa de los Monteros, Cecilio Ocón, Jesús Bonales Sandoval, Emilio Pérez de León, Juan Pablo Soto y otros muchos.

Las fuerzas del 1er. regimiento que estaba formado en batalla dando la espalda a La Colmena puso pie en tierra y sus caballos en mano al presentarse los sublevados, pero dejaron pasar el mayor número de ellos sin disparar, como era el propósito de Villar, quien dejaría acercarse a Reyes y a su grupo íntimo sin hacer fuego hasta que teniéndolos dentro de la trampa y con la escasa dotación orgánica de municiones con que contaba, eliminarlo. Zayas Enriquez lo advirtió después: “habíamos sido cogidos en una ratonera”.

Rodolfo consiguió darle alcance frente a la Puerta Mariana y pese a sus ruegos e imploros, trató de disuadirlo sujetando la brida de su caballo, pero no cambió su determinación. “Si retrocedo en estos momentos –le increpó el padre– van a llamarme cobarde como en Linares. La suerte está echada”. No me detengo, tú sí, ¡ve inmediatamente a que tiren en la imprenta el manifiesto”.

Más excitado que antes contestó que no se detendría, que era él quien debía detenerse y apartarse, porque debía conseguir la impresión del manifiesto que le dictó el día anterior y volvió a espolear el caballo sin mirar atrás.

Algunos gritaron al General que arrojara su pistola que blandía en la mano derecha para que los defensores no pensarán que los iba a atacar; de inmediato metió la pistola en su funda, mientras la descubierta de la columna llevaba las carabinas a la espalda.

30 segundos que cambiaron la historia

A las 8:45 hrs. Reyes, a la cabeza del grupo de gente montada y a pie que lo seguía desde la calle de La Moneda, mandó virar a la izquierda rumbo a la puerta del centro. Desde lejos Villar distinguió a Reyes por la

forma de llevar los brazos. Pistola en mano, se hallaba frente al garitón del norte, apoyado del brazo del General José Delgado, acompañado de otros jefes y oficiales como su ayudante, el Mayor de caballería Francisco Malagamba; el intendente Bassó y los empleados del Departamento de Guerra y Marina A. Muñoz Jiménez y Carlos Romero, armados con máuser.

Al pasar Reyes con su comitiva frente a las bocas de los fusiles de la doble fila de soldados que cubría el frente, una parte de ella que estaba pecho a tierra –relata Mariano Ruiz– le presentó las armas replegándose a la orilla de la banqueta y otros estaban dudosos a pesar de las órdenes de Morelos de abrir fuego.

Metros antes de la puerta del centro lo alcanzó el General Velázquez y en vano intentó hacerlo retroceder. Al ver que inevitable avanzaba a la puerta principal, Rodolfo habló con un sargento al que pidió que los soldados que se quedaban atrás en lugar de hacer fuego, vitorearan a Reyes. Tranquilizado por los honores de una parte de los defensores, el General llegó a la altura de la puerta central al pausado tranco de su caballo que manejaba muy bien; empuñando su fuete y con su sombrero puesto en alto, saludó a los jefes que estaban en ella con la sonrisa en los labios y la frente serena, haciéndoles comprender que “el ejército era el que en esos momentos sería el gran porvenir para la paz y la felicidad de la Patria”.

Al ver a Reyes, Villar se adelantó a su encuentro unos cuantos pasos frente a la banqueta; quedó a mitad de la calle y le marcó el alto por tres veces sin que hiciera caso. Frente a la puerta del Palacio, Reyes frenó el caballo y arrojó el capote que le estorbaba; ambos quedaron frente a frente. Con la mano derecha Reyes hizo a Villar el ademán de esperarlo, porque deseaba hablar con él para ganárselo. Se entabló, dice Vela González un “candente diálogo”. Nadie de los que estaban cerca pudieron escucharlo debido a la gritería.

“¡Ríndase General Villar!”, le gritó Reyes. Villar, quien se acercó por el lado de montar tratando de agarrar la brida y repetir la acción que permitió apresar a Gregorio Ruiz poco antes, le respondió: “¡quien debe rendirse es usted! Yo estoy con el Supremo Gobierno”. Desconcertados los rebeldes por la respuesta, algunos de ellos alzaron sus armas que llevaban a la altura del muslo, pero Reyes los contuvo al tomar con la mano al oficial o aspirante que tenía más cerca.

Una vez más Reyes le intimó rendición mientras su caballo “caracoleaba nerviosamente” un movimiento interpretado como el intento de Reyes de aislar a Villar de su tropa interponiendo su caballo, o al menos eso pensó Villar. Para Urquiza, Reyes trató de atropellarlo

Las últimas horas del General Bernardo Reyes

00:00 hrs. Gustavo Madero en misión de observación detecta movimiento inusitado en los cuarteles de Tacubaya.

Los partidarios de Reyes a bordo de carros de alquiler se despliegan en los alrededores de la Prisión Militar de Santiago Tlatelolco.

01:00 hrs. Reyes enciende la lámpara roja tras su ventana en la celda de Santiago Tlatelolco.

02:00 hrs. Rodolfo Reyes llega ante la prisión de Santiago luego de un largo rodeo para eludir los sitios donde estaba desplegada la policía montada.

03:00 hrs. El inspector General Emiliano López Figueroa comunica la agitación en Tacubaya al General Lauro Villar y al Ministro de Guerra Ángel García Peña. Se ordena reforzar la vigilancia en Santiago.

El capitán Martínez, despachado por Villar a Santiago con un escuadrón del 1er. regimiento de caballería, se une a la guardia comprometida con los alzados.

03:30 hrs. Estaba prevista la liberación de Reyes.

Salen de su cuartel de la calle de la Ribera de San Cosme las compañías de ametralladoras al mando del Capitán Rafael Romero López y Capitán Montañó.

03:55 hrs. Gustavo Madero informa al presidente y vicepresidente de la gravedad de la situación.

04:00 hrs. Los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes salen de sus cuarteles en Tlalpan al mando del brigadier de artillería Manuel M. Velázquez.

López Figueroa transmite la noticia de la sublevación de Tacubaya al Ministro de Guerra García Peña y a Villar, quien sale a la calle en taxi en camino a Palacio.

04:30 hrs. Gregorio Ruiz sale de Tacubaya con unos 80 hombres del 1er. regimiento de caballería al mando del Coronel Luis G. Anaya y destacamentos de dragones llegados de Santa Fe.

Gustavo Madero se dirige a Palacio Nacional para buscar a Villar a fin de tomar providencias.

05:00 hrs. Mondragón sale del cuartel de artillería de Tacubaya con 400 hombres del 2º y 5º regimiento de artillería al mando del Mayor Gabriel Aguillón y Genaro B. Trías.

El General Manuel Mondragón levanta una

sección de artillería de montaña del 1er. regimiento de artillería del cuartel de la Libertad, situado por Peralvillo; y marcha a la prisión de Santiago por todas las calles del Factor.

Un escuadrón de caballería de los aspirantes, al mando del Capitán Antonio Escoto, incorpora en el cuartel de San Ildefonso una fracción del 20º batallón de infantería a las órdenes del Capitán Veraza, que se dirige a Palacio; y Escoto a Santiago.

Enterado del levantamiento, Villar se dirige a los cuarteles de San Pedro y San Pablo del 24º y 20º batallón de infantería, ubicados cerca de Palacio para enfrentar a los infidentes.

06:00 hrs. Los aspirantes de infantería y caballería se concentran en la estación de San Antonio Abad y Calle de Flamencos para continuar hasta la Plaza de la Constitución.

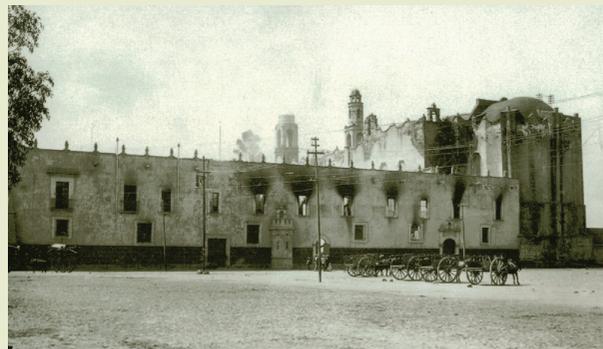
La guardia del 20º batallón de infantería franquea la entrada del Palacio Nacional a los aspirantes que se posesionan de las torres de catedral y azotea de La Colmena.

Son capturados el Ministro de Guerra García Peña, Gustavo Madero y el intendente de Palacio Adolfo Bassó.

En Santiago, Reyes apaga de un soplo la lámpara roja que tuvo encendida y se viste de inmediato.

Entra al galope a la plazuela de Santiago el General Gregorio Ruiz y un ayudante que se adelanta a los contingentes de Tacubaya.

Un grupo de 15 o 20 aspirantes montados al mando del Capitán Antonio Escoto al grito de "¡Viva Reyes!" llega a la prisión de Santiago, seguido por dos compañías del 1er. regimiento de caballería del Coronel Anaya.



Llegan a Santiago las compañías de ametralladoras de Romero López y Montañó.

06:30 hrs. El Capitán Primero del 20° batallón comandante de la guardia de Santiago, Rafael Vega y Rocca, en connivencia con los atacantes, libera a Reyes y de inmediato es llevado al cuartel anexo a la prisión.

06:45 hrs. Mondragón llega a Santiago con los hombres del 2° y 5° regimiento de artillería de Tacubaya y 1er. regimiento de artillería del cuartel de La Libertad.

07:00 hrs. Breve conferencia de los generales Reyes, Ruiz y Mondragón, en la que impera la decisión del primero de no dirigirse directo a Palacio Nacional, sino a Lecumberri para liberar a Félix Díaz.

La columna pasa frente a la Escuela Correccional, esquina de San Ildefonso y Puente de San Pedro y San Pablo, donde se une su destacamento y hombres salidos del cuartel de Teresitas.

Villar penetra a Palacio Nacional por el cuartel de Zapadores haciendo pedazos la puerta trasera y somete a los aspirantes alzados.

Liberan a Gustavo Madero, Alfredo Bassó y el Ministro de Guerra García Peña.

Llegan a Chapultepec Gustavo Madero y García Peña a informar a Madero de la recuperación del Palacio.

07:30 hrs. Entra Reyes a la plaza de Lecumberri donde se le une el Capitán Huerta al mando de unos 50 artilleros del 3° y 4° regimiento de artillería de los cuarteles de San Lázaro.

Ante las puertas de Lecumberri, Reyes exige a su director, Octaviano Liceaga, la entrega de Félix Díaz y de otros presos políticos.

Liceaga telefona a Chapultepec, donde le piden retener a los alzados valiéndose de pretextos para que no lleguen a Palacio Nacional antes que Madero, quien prepara su marcha.

Tras una larga demora, Reyes sale de la prisión y lleva consigo a Félix Díaz en medio del entusiasmo de sus fuerzas.

Madero sale de Chapultepec rumbo a Palacio Nacional, escoltado por los alumnos del Colegio Militar.

Por la calle del Montepío, un poco más de



un kilómetro hacia el oeste, Reyes recibe aviso de que Palacio Nacional está en poder del Gobierno.

Se encomienda al General Gregorio Ruiz investigar la situación en Palacio con una escolta de aspirantes montados y hombres del 1er. regimiento de caballería del Coronel Anaya.

08:00 hrs. El General Gregorio Ruiz y el Coronel Anaya desembocan en el Zócalo, el primero hecho prisionero por Villar.

Por Paseo de la Reforma, frente al café Colón y adelante del Ángel de la Independencia, se incorpora Victoriano Huerta a la comitiva de Madero.

Reyes hace alto en la bocacalle de Santa Teresa y La Moneda a la espera del General Gregorio Ruiz.

08:40 hrs. Enterado de la captura del General Ruiz, Reyes se resuelve a avanzar hasta frente a la puerta principal de Palacio.

08:45 hrs. Reyes cae abatido por el fuego que se le hace desde Palacio Nacional.

Madero se encuentra en la esquina de la Avenida Juárez y San Juan de Letrán cuando se escucha el nutrido tiroteo del Zócalo.

Al pasar bajo el edificio de la Mutua (a la altura del Teatro Nacional) por la calles de 5 de Mayo, se hacen disparos sobre la comitiva de Madero.

Refugiado en la fotografía Daguerre en la Alameda en la Avenida Juárez, Madero recibe la noticia de la muerte de Reyes. Huerta le ofrece hacerse cargo de la situación.

con su caballo. No duró ni un minuto este intercambio. Villar se hizo a un lado y esquivó la embestida del caballo, fallando en su intento de detenerlo. Vio entrar más contingentes al Zócalo, se replegó hacia el fondo del arco de la entrada y se colocó al lado de las ametralladoras. El General Velázquez, exponiendo su vida, se colocó entre las ametralladoras para tratar de impedir que hicieran fuego. Reyes avanzaba hasta echar su caballo casi encima de una de las ametralladoras.

La bala asesina

En los instantes siguientes se desató la balacera. Ambos bandos argumentaron ser atacados primero. Según Guerra, Reyes “disparó con destreza hiriendo a Villar”; según Guzmán, uno de los hombres que le seguía disparó sobre los soldados del 20º batallón. Villar reportó que los sublevados “comenzaron a disparar sus armas contra mis soldados”, y causaron una infinidad de bajas entre mis filas”.

En ese caso, Villar ordenó contestar la agresión. Según Urquiza, Villar ordenó “¡fuego!”, pero recibió como respuesta una nutrida descarga que causó la muerte de varios de los soldados apostados en la entrada.

Aunque confuso ese momento, resultan claras dos cosas. Por un lado, Villar reconoció el plan de atacar a Reyes cuando lo tuviera a bocajarro y, por otro, la intención de Reyes de tomar Palacio Nacional de manera incruenta, por eso dijo a Espinosa de los

Monteros al avanzar a Palacio que “no quiere sangre”, nunca ordenó un asalto violento al edificio, aun contuvo a quienes pretendieron alzar sus armas al llegar frente a él. En ese sentido, es posible advertir la verdad.

Rodolfo Reyes dice: “en tan angustioso momentos, colocado a la izquierda y un poco atrás de mi padre, estando el doctor Espinosa de los Monteros en la misma línea que él, y a su derecha. Dije aquél: ‘Te matan’. Al mismo tiempo que él hacía chocar su caballo con una ametralladora, y volviendo la cara con ojos llameantes dijo: ‘pero no por la espalda’”.

Versiones coinciden en una bala que se escuchó de manera aislada antes de la balacera, fue la que alcanzó a Reyes en el rostro, la frente o la cabeza y fue ese proyectil el que le arrancó la vida. Dice Rodolfo que apenas acabó de responderle “sonó un tiro aislado de pistola que le perforó la frente”. Villar dijo que cayó Reyes “destrozándole el rostro una bala”.

Los reporteros confirmaron no sin sorpresa la muerte del General y la existencia del balazo. Uno escribió que “el general Reyes tenía el rostro desfigurado por el proyectil que le arrebató la existencia”; el *Abogado Cristiano Ilustrado* del 13 de febrero dijo que “Reyes cayó

Su cuerpo fue colocado sobre una mesa con la cabeza descansando sobre una almohada improvisada: “un cuerpo chaparro, encogido y un capote y una barba canosa teñidos en sangre”, según lo describió Urquiza.



muerto luego de un balazo que le abrió la frente, cerca del legendario copete”; *Nueva Era* dijo que Reyes tenía “una enorme herida en el frontal derecho, en donde se había formado por efecto de sangre fría un gran bulto”. A Reyes se le formó una gran tuberosidad de sangre coagulada que el fotógrafo, quien captó su cadáver, evitó de manera deliberada captar. Un corrido de la época atribuye su muerte a ese balazo aislado:

“Reyes con todas sus tropas
Su valor quiso mostrar,
Y al acercarse a palacio
La muerte vino a encontrar
Allí cayó muerto Reyes
Por una bala certera”.

Después del referido balazo, los soldados que dudaban, relata Rodolfo, “hicieron un fuego nutrido y terrible, funcionando las ametralladoras a boca de jarro”. Las ametralladoras, acompañadas de los tiros de máuser, barrieron lo que tenían enfrente, hasta los árboles del jardín central de la plaza, las calles del Reloj y el frente de la Catedral.

El General Mariano Ruiz vio que Reyes “recibió una descarga cerrada”. Impactado en la cabeza y en las piernas por las balas de la ametralladora, añade Rodolfo, se detuvo un momento, vaciló sobre la silla, agarrando la crin de su caballo. Vela González observó “cómo el rostro del General Reyes de súbito pareció perder toda expresión” y cayó hacia la izquierda sobre Rodolfo, que también cayó arrastrado por su cabalgadura muerta.

El caballo de Reyes, espantado por la inesperada descarga, dando una barrida a la derecha arrojó al suelo al General Mariano Ruiz, a Parra y a Saviñón, se fue sobre los soldados que hacían fuego desde la banqueta de Palacio y cayó entre paisanos y mujeres del pueblo que entre los árboles del Zócalo vitoreaban al general.

Junto con Reyes cayeron muertos los aspirantes Isaac Talán, primo de Vela González, y Eduardo de la Peña, así como muchos civiles que lo rodeaban y curiosos que presenciaban los sucesos desde el jardín central de Catedral.

En la primera descarga también murieron más de 40 dragones, cuyos caballos sin jinetes corrieron desbocados por la Avenida de 15 de septiembre.

Espinosa de los Monteros cayó herido por dos balazos, uno en el abdomen y otro en la cabeza, heridos también el General Velázquez, el Teniente Armiño, el licenciado Pérez de León y Juan Pablo Soto, quien pecho a tierra y disparando su pistola, pudo escapar de la zona; Melesio Parra herido en un brazo pudo salvarse entre los paisanos que en tropel se retiraron de la plaza; igual que Saviñón,

La intención de Reyes era tomar Palacio Nacional de manera incruenta, con la fuerza de su personalidad y su palabra, por eso nunca ordenó un asalto violento al edificio, y al avanzar dijo a Espinosa de los Monteros que no quería sangre.

en un brazo y una mano, se salvó entrando a Palacio junto a otros paisanos. Rodolfo Reyes, protegido por su caballo muerto, resultó ileso y encontró refugio en un kiosco cercano; Mariano Ruiz escapó herido de una rodilla y entró también a Palacio.

La mortandad en el Zócalo fue espantosa porque murieron muchos aspirantes y soldados del 1er. regimiento de caballería que se habían rebelado. También gente del pueblo, “tanta gente como a esa hora hay siempre en el zócalo, tomando los trenes, vendedores, pueblo que salía y entraba a misa en Catedral. Murieron muchas mujeres y niños, muchos infelices papeleros estaban tirados todavía con sus periódicos debajo del brazo”.

Los cadáveres de la gente del pueblo y numerosos soldados sembraron la plaza de la Constitución, “como campo en ciega”, dijo *Nueva Era*.

No existe un acuerdo sobre el tiempo que duró el tiroteo, se afirma entre los 10, 20 y 25 minutos. Entre heridos y muertos los defensores tuvieron 80 bajas –en realidad eran 120–, es decir, fueron casi aniquilados como para que los alzados enviaran una segunda acometida que extrañamente no ocurrió. Las fuerzas del 20º y 24º tuvieron 28 bajas, incluyendo la muerte del subteniente Adolfo Anaya, y el 1er. regimiento de caballería de Torrea, 15. Por los rebeldes yacían no menos de 200 muertos y 500 heridos entre militares y paisanos y entre los civiles el número de víctimas se calculó en mil entre “catrines, papelerillos” y hasta perros.

¿De dónde provino la bala?

La muerte de Reyes, según diversas fuentes, se ha achacado a tres personas distintas que estaban en la puerta central: al General Villar, al Coronel Morelos y al intendente Bassó.

La versión más aceptada sobre su ejecutor apunta al intendente del Palacio Nacional, Adolfo Bassó Bertoliat, nativo de Campache, antiguo oficial de Marina que alcanzó el grado de capitán de fragata, amigo de Gustavo Madero y leal maderista. Dice Guerra que al ver la



acometida, Bassó no dudó en apuntar y accionar personalmente una de las flamantes ametralladoras sobre Reyes. Para Sánchez Azcona, secretario particular de Madero, Bassó no fue el responsable. Cuenta que alguien le narró su hazaña a Huerta y él presente no lo desmintió, porque la versión persistió a tal grado que el propio Bassó la creyó en un acto de mitomanía.

De hecho, se infiere que la ametralladora manipulada por Bassó no pudo ser la responsable, primero porque Reyes la había volcado o casi lo hizo, eso significa que estaba encima del arma y, por lo tanto, era difícil que sus balas lo hubieran impactado de la manera como se refiere al estar ya fuera de su ángulo de tiro y, segundo, porque el tiro mortal provino de una pistola.

Esto puede apuntar a Villar, a Morelos y a cualquiera de los otros jefes que blandían su máuser en la puerta central. Una versión sostenida por el periódico *Gil Blas*, afirma que el responsable de disparar sobre Reyes fue el coronel Juan G. Morelos, pero como éste murió en el lugar cerca de la Puerta Mariana por los tiros de los aspirantes, se llevó el secreto a la tumba.

Hubo testigos que aseguraron que al llegar Villar herido al hospital militar de instrucción para curarse de su herida “se jactaba de haber sido quien matara (con su pistola)

al bravo General Reyes, asegurando que sentía viva satisfacción de este lamentable suceso”. Ante el giro de los acontecimientos, Villar dio otra versión; aseguró que no él, sino las balas de la ametralladora lo mataron.

De María y Campos asegura que fue Villar el responsable de “haber victimado a su entrañable hermano de armas, el general Reyes”. Conciente de lo que hizo, añade, sin heridas de consideración, “solicitó su retiro lógico y digno de la escena”.

Villar fue herido en el cuello por una bala que le rompió la clavícula derecha disparada por los aspirantes apostados en las alturas de Catedral; si bien cayó sobre la pared al ser tocado, se rehizo poniéndose firme.

La mortandad en el Zócalo fue espantosa porque murieron muchos aspirantes y soldados, mujeres y niños, vendedores, catrines y hasta perros. Muchos infelices papeleros estaban tirados todavía con sus periódicos debajo del brazo.





El General de División fue sepultado sin honores militares el 21 de febrero en el cementerio del Tepeyac en la villa de Guadalupe con la asistencia de los miembros de su familia, incluyendo su hijo Rodolfo, numerosos amigos y militares.

Gil Blas exigió el 4 de marzo que “ojalá se averiguara si Villar fue el responsable de la sentida muerte del gran general don Bernardo Reyes y, esclarecido el caso, no hubiera complacencias, sino estricta aplicación de la Ley”.

El tiro de gracia

Levantaron y condujeron los cuerpos de Reyes y Morelos hacia el Departamento de la Mayoría de Órdenes, donde los colocaron sobre una mesa en medio de la estancia. La cabeza del primero descansaba sobre una almohada improvisada con la bufanda color gris de última moda que le proporcionaron los suyos en la prisión militar.

El cuerpo presentaba tres heridas, según la revisión realizada en el Hospital Juárez, informó la prensa capitalina: una en el carrillo izquierdo –que le causó la muerte–, otra en la mano derecha, y la última en el talón del pie derecho. Pero *Nueva Era* aseguró que dos de las heridas estaban en el cráneo y otra en el pecho.

Se sostiene que Reyes no murió de manera instantánea con los primeros disparos, sino que mal herido cayó al pavimento. Hay quienes aseguran, como Núñez de Prado y Barba Jacob, que un hombre vestido de paisano se acercó a él y le disparó varias veces con una pistola para rematarlo. Uno de sus hijos, citado por De María y Campos, cree que ese hombre fue Lauro Villar quien le dio el tiro de gracia a petición de Reyes que yacía moribundo.

Esa puede ser la razón de la enorme herida de bala que recibió no en la frente, como se sostiene, sino por el pómulo izquierdo y salió por la parte posterior de la cabeza. Su cuerpo fue arrastrado hacia la acera donde quedó tirado por algunos momentos. Urquiza que estaba en la puerta central a unos metros lo describió: “un cuerpo chaparro, encogido y un capote y una barba canosa teñidos en sangre”.

Sin honores militares

La Comandancia Militar de la plaza entregó el cuerpo de Reyes a su viuda, Aurelia Ochoa, y a sus hijos Rodolfo, Bernardo, Alfonso y Alejandro a las 10:00 hrs., una agencia de inhumaciones lo sacó y trasladó al domicilio familiar ubicado en la Calle quinta de Donceles No. 120,

donde se improvisó una capilla ardiente, previo al embalsamamiento hecho la mañana del 10 de febrero en el Consejo Superior de Salud por el doctor Fernando Zárraga y F. Villegas y otro galeno del Hospital Juárez.

Se presume que al cadáver lo despojaron de los valores que llevaba, pues sus deudos sólo encontraron dos pesos en tostones en uno de los bolsillos del chaleco, cuando en realidad debía llevar en la cartera la suma de 15 mil pesos en billetes de banco. Su abrigo militar con las manchas de sangre visibles lo expusieron en el Museo de Historia del Castillo de Chapultepec.

Sobre su féretro se colocaron sus insignias militares y lo cubrieron con una gran cantidad de flores y coronas. De acuerdo a sus deseos, lo condujeron en automóvil para sepultarlo sin honores militares que, de acuerdo a las reglamentaciones militares, le correspondían como General de División; esto ocurrió a las tres de la tarde del 21 de febrero en el cementerio del Tepeyac en la villa de Guadalupe con la asistencia de los miembros de su familia, incluyendo su hijo Rodolfo, designado ministro de Justicia por Victoriano Huerta, numerosos amigos y militares.

Rodolfo recibió innumerables muestras de condolencias, entre ellas las de una comisión de Guadalajara a nombre del Estado de Jalisco, las del Círculo Liberal Veracruzano de la capital que concurrió en masa a visitarlo; y de otros clubes políticos reyistas del país.

Hubo iniciativas como erigirle una estatua o monumento, incluso se publicaron el 3 de marzo las bases para que se hiciera en uno de los parques públicos, de preferencia la plaza Villamil de la capital por medio de suscripción; que su nombre lo pusieran en calles y paseos, colocar placas conmemorativas en los sitios donde pasó su vida, hasta restituir la Segunda Reserva.

Un grupo de viejos reyistas solicitó que sus restos descansaran en la Rotonda de los Hombres Ilustres en el panteón de Dolores alegando sus méritos militares, su gestión como Gobernador de Nuevo León “que siempre se ha estimado como notable”, su labor en el Ministerio de Guerra y su “campaña contra el maderismo”. Cuando la comisión integrada, entre otros, por el diputado Vicente Pérez, Leopoldo Rebollar y Salvador Milanes hizo la petición a Huerta, el 26 de febrero, éste la secundó respondiendo que Reyes era uno de sus más viejos y buenos amigos.

La propuesta no prosperó y sus restos continuaron en el Tepeyac, donde se colocó sobre su tumba un busto elaborado por el escultor Adolfo Ponsanelli, convirtiéndose en una especie de santuario reyista donde los simpatizantes celebraron en varias ocasiones multitudinarias manifestaciones. En una de ellas, Santiago

Moreno pronunció una elogiada poesía.

“Caíste gladiador, pero la historia recogerá tu nombre esclarecido”.

Fuentes

Benavides Hinojosa, Artemio, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, Tusquets Editores México, S. A. de C. V., México, 2009.

Blanco Moheno, Roberto, *Crónica de la Revolución Mexicana: de la decena trágica a los campos de Celaya*, México, Libro Mex, 1958.

Crónica Ilustrada. Revolución Mexicana, “La decena trágica” No. 16, Publex, S. A., México, 1966.

Gilly, Adolfo, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica*, Era, México, 2013.

Guerra de Luna, Manuel, “Testimonios inéditos de una tragedia democrática” en *Proceso*, edición especial No. 40, febrero de 2013.

Guzmán, Martín Luis, *Febrero de 1913*, México, D. F., Empresas Editoriales, 1963.

Mancisor, José, *Historia de la Revolución Mexicana*, Procumex, S. A. de C. V., México, 1992.

Mac Gregor, Josefina, “La decena trágica y el cuartelazo” en *Así fue la Revolución Mexicana*, México, 1985.

Márquez Sterling, Manuel, *Los últimos días del presidente Madero*, Editorial Porrúa, México, 1958.

Niemeyer, Jr. E., Víctor, *El General Bernardo Reyes*, UANL-Museo de Historia Mexicana, Monterrey, 2008.

Núñez de Prado, G., *Revolución de México. La decena trágica*, Barcelona, F. Granada, 1913.

Reyes, Rodolfo, *De mi vida. Memorias políticas*, Biblioteca Nueva Madrid, 1929.

Saborit, Antonio, *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica. Una antología*, Ediciones cal y arena, México, 2013.

Urquiza, Francisco L., *¡Viva Madero!*, Editorial Marte, México, 1954.

— *La decena trágica*, México, SEP-Conasupo.

Vela González, Francisco, *Diario de la Revolución*. Primer tomo año de 1913, UANL, 1971.

Hemerografía HNDM

El Imparcial, 6 de marzo de 1913, p. 1 y 6, “Cómo murió el Sr. General don Bernardo Reyes”.

El Demócrata, 8 de octubre de 1914, p. 7, “Los trágicos días de febrero”.

Gil Blas, *Nueva Era*, *El Diario*, *La Patria*, *El Abogado Cristiano Ilustrado* de febrero y marzo de 1913.

Archivo SEDENA

AHSEDENA: Exp. XI/481.5/89, caja 38; XI/481.5/91, caja 39; XI/481.5/93, caja 39.